

AURORA FREIJO CORBEIRA

La ternera



La historia de los abusos a una menor narrada con una extraordinaria fuerza literaria. Un libro incómodo y necesario. Un solo gesto bastó para hacer de ella una ternera. Pequeña, tanto que no sabe que ha sido colocada en un lugar que no le corresponde. Abismo en sus ojos de mar y la mirada llena de estupor. Su casa se ha convertido en un sin lugar. La casa vecina —la casa amiga— ha hecho de ella una carne de primera vez, sin tener edad para ello. Ahora ya todo es soledad. La ternera hace de la contención un recurso afilado para narrar una realidad que nadie quiere ver, la de un abuso. Habla del dolor y la vergüenza, de la culpa impuesta y del silencio como forma de resistencia. Un libro de una altura literaria que ineludiblemente nos toca. Un libro incómodo, duro y al mismo tiempo lleno de ternura.

QUIETA

Quieta, piensa, si es que es un pensamiento, que no le importaría morir. Tampoco no morir. No parece funcionar en su cabeza el silogismo disyuntivo, al menos en este asunto. Le es algo indiferente, pero tal vez muerta dolería menos. Si se la llevase el viento o si no despertara, nada cambiaría demasiado, pero descansaría. Le asoman a la cabeza las hortensias azules de su madre y las flores celestes de su pared.

Inexplicablemente, desoídos sus lamentos, amanece de nuevo con la rutina brutal. El ancla que es su pantalón bajado hasta las rodillas en esas tardes ya no se separará de sus pies durante años, quizá nunca.

¿Qué interminable conversación hay entre todos ellos que impide que la vean? Su padre mira a su madre, su madre mira a su hermana, los dos miran a su hermano recién nacido. Allí se paran todos los ojos. Puede quedarse dormida sobre el suelo sin que nadie lo note. No es divertido, aunque la madre crea que el desorden engrandece y aligera. Toda ella es un sinsentido.

Puede volver a casa con la falda del revés y nadie repara en ello. ¿Cómo no darse cuenta de lo que sucede en una falda de cinco años? No piensa comer. No va a abrir la boca: ni para comer, ni para hablar. Bien cerrada. Toda ella cerrada, en lo que pueda.

Qué sordera de casa. De acuerdo: si se trata de tener secretos, habrá que tenerlos.

Otra vez huele mal en la escalera. Todos los chicos se ríen del asunto; es repugnante. Es el olor del 3.º B. Ahí vive el zapatero. Se tapa la nariz porque lo hacen todos los demás. Sin embargo no es lo único putrefacto, bien lo sabe ella, y de nada vale taparse la nariz. Ni no respirar.

Bien lo sabe ella.

LA CUERDA DE PITA

El padre se reía de aquel vecino flaco y desmadejado porque en lugar de un cinturón se ajustaba el pantalón con una cuerda de pita. De pita; a ella le hacía gracia esa expresión de resonancias de gallina. La risa de su padre no era franca sino algo cobarde, enredada, gallega al fin y al cabo. Reía igual cuando hablaba de unos perros de su pueblo de niño, perros emaciados, como galgos sin cuidados, cuya extrema delgadez, decía, les hacía caminar juntos para formar una pobre unidad que permitiese resistir la soledad de su vida miserable. Tenía ese padre una risa hacia dentro censurada siempre por la madre, que lo ignoraba en el mejor de los casos, cuando no despreciaba su mediocridad inamovible.

Pero a ella su padre le gustaba. Siempre sería su cómplice, pese a la desatención de su madre, o quizá por ello. Esperaba horas cerca de la puerta para oír su llave abrir el cerrajo anunciando su vuelta a casa.

Papá no sabe nada de su cazador porque tiene que ausentarse para trabajar. No está en casa para vigilar a sus cachorros. Ni sabe que a veces le roban uno un rato para, después de manosearlo, devolverlo al mismo sitio. No puede oler el asqueroso rastro que dejan las manos del raptor.

LA LIEBRE

No fue difícil cazarla. No parecía una trampa ni quizá él tampoco fuese un cazador, pero resultó atrapada. Irrelevante que, al terminar, la puerta de aquel modesto baño del 4.º A volviese a abrirse: el pestillo, aunque retirado después, quedaba atrampado en su boca y sus vísceras de cinco años.

Él debió intuir lo fácil que le resultaría llevársela a las manos, traerla a su pantalón. No hizo falta demasiada destreza. Todo fue calmo. El 4.º A y el 4.º C eran de buena vecindad. El pantalón para ella hasta entonces era un sustantivo que concernía únicamente al de su padre, del que colgado en el galán, al llegar de trabajar, solían caerse algunas monedas haciendo un ruido de arropo y seguridad. En casa sobraban las monedas. El pantalón guardaba cada noche la forma de su padre y cuidaba la casa. Era el pantalón del bienestar y el resguardo.

Su madre amorosamente la llamaba liebre. No sabía que su liebre había sido cazada en la pernera de un pantalón.

Ahora todos tienen que ir a la calle a jugar. No es que le apetezca, pero su madre le encarga a su hermana que la cuide. Pobre madre insensata. Sus ojos verdes no ven nada más que versos. No acierta a saber que está ya descuidada del todo. Y no se puede vivir en verso. A ver si se entera.

Bien. Baja a jugar.

ROSADO

¿Por qué nadie interrumpe en esa sala de baño cuando están? Si lo hicieran encontrarían la sala de daño. Ni rastro de peces, ni flores, ni nubes. Él nunca la tumba. Le basta tenerla quieta y a mano. Mansa como es, puede acercársela al inodoro, donde siempre se sienta para tocarla.

El lavabo es blanco,
la bayeta gris,
la lejía azul,
el suelo negruzco.
Y su sexo rosado.

Y su sexo rosado.

NO LE VE LA GRACIA

Tendrá que ser amiga de Rosi. Pero la Rosi es tan tonta. No se dice «la» delante de un nombre propio, le insiste su madre, y es que su madre es culta. Ella siempre tiene que contentarse con lo que sobra: con la ropa heredada de su hermana, con el padre despreciado por su madre, con las amigas que nadie quiere, con las palabras que quedan bajo la boca de su madre después de que esta converse con su hermana y arrulle a su hermano.

Vale. Bajaré con Rosi al pretil. Pero que nadie espere grandes cosas: será una amiga casi muda y herbívora. Y sería. Ella no le ve la gracia ni a correr unos tras otros, ni a esconderse, ni a las comiditas.

SE LA VAN A COMER

Iba a parir inminentemente y podrían verlo de muy cerca. Les despertaron para ello muy de madrugada, en las horas insólitas para que los niños estén despiertos, pero la ocasión lo merecía. Si todo iba bien veríamos salir primero la cabeza y las patas delanteras. La misma luz amarilla que en sus sueños de carnicería. Nació con esa rareza de feto que hace que todos parezcamos un pez al nacer, desamparado, extrañado, sin saber si respirar es la mejor opción. Se pegaba a su madre el tiempo que la dejaron hacerlo, con un miedo de cabeza irracional y de cuerpo sin límites. Pronto las separaron:

—Si no lo hacemos ahora, luego es imposible.

No lo sabía, pero se la iban a comer, como Dios manda, como se debe hacer con los terneros. Si todo iba bien estaría algunos días más sola y engordando.

Si todo iba bien vendría el camión a buscarla. Carne de primera.

La madre vaca no dejaba de llamarla a voces de vaca con el corazón mamífero. Bajo la luz de penuria del establo su respiración humana de vaca la hacía más madre que muchas de las que ella conocía.

HURÍ SIN EDÉN

Los coturnos. No es una palabra propia de un lenguaje infantil, pero así era la casa: había más teatro que comida, más poesía que zapatos limpios, más lectura que lavadoras planchadas. Coturno. Ella aprendió esa palabra pronto porque su madre la llevó a una representación para la que no tenía edad, con las criadas Claire y Solange, locas y asesinas. Tampoco ahora al salir de allí tiene mucho que decir. No es por tonta, es por horror. ¿Y con quién hablar de esos asuntos? Sola otra vez.

Coturnos y muñecas. Genet y el catecismo francés. Las mil mejores poesías de la lengua castellana —Zorrilla, la vega del Guadiana, el moro y la hurí del edén— y la cartera roja llena de cuadernos inútiles.

Pero no quiere ir al colegio. Prefiere que su madre la acoja en su pecho de mala madre.

EL PÁJARO NO CANTA

En el colegio ella ya no es nadie. ¿Dónde están entonces las manos hogar de su padre? Entiende que es mejor ser discreta allí. A nadie le interesan sus temores. Mejor callar, como un gorrión que no cantase. Su madre la llama así a veces con su voz de verso: gorrión. El colegio no es su sitio, ni puede ser realmente el sitio de nadie. El corazón encogido ayuda a pasar desapercibida. No entiende el porqué del babi ni del uniforme, ni del recreo ni de los libros. Ese babi nunca está bien planchado. No es un babi disciplinado, como a ella le gustaría que fuera, para parecer una más. Su madre lo metió en la lavadora a una temperatura excesiva y le quedaron arrugas imborrables. Esta madre, cree, presta poca atención a veces. Hay cosas que no tienen marcha atrás. Ella ya lo ha aprendido, y no solo por las arrugas imposibles.

Algo de orden vendría bien, a la ropa pero sobre todo a su cuerpo vulnerable. Prefiere no ser distinta, o al menos no parecerlo, que nadie vea el sacrificio de carne que a veces es su cuerpo.

Tampoco entiende por qué el baño del 4.º A aparece algunas veces en su vida. Tendrá que darle al menos un sentido prestado.

LA MADRE

Los sube y baja como una gacela. Es tan ligera. A su madre, sin embargo, los ocho tramos de escaleras le cuestan la vida. Los cuatro pisos se convierten en cuatro abismos ascendentes para su corazón de color rojo amador, el mismo que late, desde que ella tiene memoria, con una arritmia propia y desacompasada, desajustada e incompetente, aun con un rotundo empeño en palpar siempre una vez más. «Fibrilación auricular», dice el cardiólogo, «estenosis mitral», insiste, y entonces ya para siempre «fibrilación» y «estenosis» son en esa casa palabras cotidianas, como el cola cao o el uniforme del colegio. Abierto, reordenado y cosido en quirófano, su corazón de madre, operado, resiste. Una cicatriz recorre la línea inferior de su seno izquierdo de Madonna de Port Lligat. Años más tarde habrá nuevas operaciones en el mismo órgano de terciopelo y una nueva cicatriz también, rosada, ahora de norte a sur, en canal, recorriendo el pecho de res que guarda este empecinado órgano, el mismo que treinta años más tarde decidirá, ya desapasionado, y en acuerdo tomado con su alma y su pelo de sirena, no poder más.

COMO EL MAR

En estos años su madre es una joven madre, algo ingrávida pese a que su corazón no ayuda, más atenta a los poemas que a las rutinas de su casa, del 4.º C. Ella, la hija, tiene los ojos como el mar, le dice su madre. No, azules no, profundos. Así se lo escribió en un poema. Su madre es poeta, «poetisa española», como escribió de ella un periódico panameño. Pero ella tiene la certeza de que la profundidad romántica que su madre le regala en sus palabras es en ella negrura de peces abisales y algas, una oscuridad que esconde en secreto morfologías de cieno y vísceras giradas, que podrían verse si alguien se asomase a las órbitas de sus ojos, porque ella las ofrece como entradas de salvación.

Pero los huesos que amparan sus ojos son de acceso difícil.

EL CÍRCULO

Ahora ya, desde que existe el baño, un círculo invisible la rodea. Está sola. Nada de antes puede llegarle del mismo modo y nada puede acercarse suficientemente a ella. Ni los juegos, ni los cuidados, ni los brazos de árbol de su padre ni la voz buceadora de su madre. Un silencio de agua la persigue. Ningún movimiento podría esquivarlo. Por mucho que corre no puede dejarlo atrás. No consigue sacarle ventaja. Ella, que era tan ligera, casi no logra moverse, no puede engañar a ese silencio pegajoso.

Ya no es como las demás. El abrazo cálido de la normalidad se ha retirado. Cuando el baño pequeño y aseado hasta el escrúpulo se hizo parte de algunas tardes, delicadamente, casi imperceptiblemente, la gentileza de la norma se replegó. Nadie se dio cuenta, pero el lavabo, el espejo y el váter la empujaron, al acogerla, fuera del mundo. La mano inexperta y desajustada de él, al tomarla, la malogró.

Hace lo que se debe hacer con esos pocos años: come, va al colegio, juega, duerme, solo que ahora una campana de cristal la distancia de la vida que era suya. Nadie puede tocarla ya, salvo él, que rompe, cuando toma su mano para llevarla, ese círculo paralítico.

Él es el dueño de su soledad.

EL 4.º PISO

En ese cuarto piso la letra A y la C se entienden como una sola casa. Demasiada mezcla. Son casas de puertas abiertas, vecindades de las de entonces, de barrio humilde, de comunión de olores, niños y amables noches de verano en el pretil, donde el sol tiene el reconocible claror del bienestar.

Aun sin saberlo, y sin saber qué, ella espera. Los pies no le llegan al suelo, pero el asiento es familiar, lo que le hace parecer seguro. Los aires de la calle ya buscan la reunión de juegos infantiles. Vendrán más tarde, porque ahora es hora, la hora, del pequeño cuerpo confiado, frente al televisor, al resguardo que le da la merienda infantil en la mesa de la casa vecina, el 4.º A.

Siéntate ahí. Juega. Espera.